No harán resucitar las más queridas.
Hace ya mucho tiempo que sufrieron
La violeta y la anémona su suerte,
Las flores de las zarzas perecieron,
Y halló la ortiga en el calor su muerte.
Quedaron solamente por el llano
Junto á la orilla del raudal sonoro,
Como único recuerdo del verano
Las duraderas margaritas de oro.
Y al fin cayó del transparente cielo,
Cual baja entre las gentes plaga impía,
En valle y monte destructor el hielo,
Y huyó de todas partes la alegria.
Y áun al presente algunas dulces horas
Vemos tambien llegar; su acento tierno
Despierta á las abejas zumbadoras
En sus tristes moradas del invierno;
Óyense descender una por una
Las nueces de las ramas desprendidas,
Y en la pálida luz en la laguna
Hacen temblar las aguas adormidas;
Y los vientos del sur ay! vanamente
Buscan por la enramada los olores
Que robaban al márgen de la fuente,
Y gimen por la ausencia de las flores.
Entónces ay! yo traigo á la memoria
Una vírgen que es hoy cadáver yerto,
Aquella cuya vida transitoria
Creció á mi lado y á mi lado ha muerto.
Estaba amarilleando la floresta,
Y al ponerla en la tierra húmeda y fria
Nos pareció su suerte muy funesta:
¡ Ser tan hermosa y no durar un dia!
Mas no debiera al alma acongojada
Sorprender, en su ruta de dolores,
Que aquella amiga nuestra tan amada
Ay! pereciese al perecer las flores.

EN DIAS DE ESCLAVITUD

I

My native land, good night!
BYRON.
"Buenas noches y adios, tierra natal."

Muévese el buque y la apiñada gente
Se apresura, se va, vuelve, se agita, . . .
Monta el ancla en la prora el corvo diente,
Y el opreso vapor se escapa y grita.

Se abrazan los amigos angustiados,
Llega el instante del partir supremo,
Sepáranse las barcas de los lados,
Y el agua surcan al compás del remo

Al soplo de la brisa gemidora
Colúmpiase la nave y se adelanta,
Rompe la mar con su cortante prora,
Y espuma hirviente en su redor levanta.

Pensando en lo pasado y lo futuro,
Tendida como un cisne sobre el llano,
Quédase al pié del artillado muro
La señora del Golfo Mejicano.

Y ya la cabellera oscura ondea
Del humo vago en la region vacia,
Y sobre el tope el pabellon flamea,
Y partimos. . . . y adios! oh patria mia

Vienen de la ciudad voces lejanas
Que el desgraciado corazon oprimen,
Y al toque de oracion de las campanas
Los ecos tristes de la tarde gimen.

Asoman solitarias las estrellas,
Y engalanan las orlas del espacio
Las tintas melancólicas y bellas
Del ópalo, las perlas y el topacio.

Empieza á vacilar la incierta raya
Que dibujan las costas y los montes,
Húndense las palmeras de la playa
Y se visten de azul los horizontes.

El sol al ver la luna acorta el paso;
Y se ven suspendidos frente á frente,
Un globo de oro y sangre en el Ocaso
Y un globo de alabastro en el Oriente.

Y adónde vamos? Ay! mejor seria,
En vez de errar sobre volubles olas,
Estar mirando fenecer el dia
Desde el umbral de nuestro albergue á sólas.

Errante, silencioso y descuidado
Más me pluguiera, en el agreste asilo
De algun bosque secreto y apartado,
Léjos del mundo suspirar tranquilo.

¿Qué nos fuerza á emigrar? Si yo quisiera
Vivir del deshonor y la perfidia,
Volver á Cuba y despertar pudiera
De viles gentes la rabiosa envidia.

Que allá para morar como los brutos
Basta ser al oprobio indiferente,
Llevar á Claudio César los tributos,
Postrarse humilde y doblegar la frente.

Basta seguir de la lisonja el gremio
Para gozar imperturbable calma;
Por torpes vicios merecer un premio
Y de una vez sacrificar el alma.

¿Porqué dejamos la mansion querida
Donde vímos la luz? Porqué la suerte
Cambia estos campos de esplendor y vida
Por otros ay! de oscuridad y muerte?

—Porque buscamos libertad y vemos
La fe perdida y la existencia ajada,
Y ya no más sobrellevar podemos
La esclavitud de nuestra tierra amada;

Porque nos niega su favor el cielo,
Y tú, rudo opresor! no nos cedistes
Ni un solo palmo en nuestro mismo suelo
Para enterrar á nuestros hijos tristes!

II

Señor! Señor! el pájaro perdido
Puede hallar en los bosques el sustento,
En cualquier árbol fabricar su nido
Y á cualquier hora atravesar el viento!

Y el hombre, el dueño que á la tierra envias
Armado para entrar en la contienda,
No sabe al despertar todos los dias
En qué desierto plantará su tienda!

Dejas que el blanco cisne en la laguna
Los dulces besos del terral aguarde,
Jugando con el brillo de la luna
Nadando entre el reflejo de la tarde;

Y á mí, Señor! á mí no se me alcanza
En medio de la mar embravecida,
Jugar con la ilusion y la esperanza
En esta triste noche de la vida!

Esparce su perfume la azucena
Sin lastimar su cáliz delicado,
Y si yo llego á descubrir mi pena
Me queda el corazon despedazado.

Y quién soy yo? Poeta vagabundo
Que vengo como réprobo maldito
A contar una hora en este mundo
En presencia de Dios y lo infinito!

Vengo á pulsar el arpa un breve instante,
Y en mi suerte más bella sólo espero,
Encontrar mi sepulcro como el Dante
Por las sendas tal vez del extranjero.

La estrella de mi siglo se ha eclipsado,
Y en medio del dolor y el desconsuelo
El lirio de la fe se ha marchitado
Y no hay escala que conduzca al cielo.

Van los pueblos á orar al templo santo
Y llevan una lámpara mezquina,
Y el Cristo allí sobre la cruz en tanto
Abre los brazos y la frente inclina.

Voluptuoso el amor en sus placeres
No busca mirtos, ni laurel aguarda,
Y cubren con un velo las mujeres
El ángel adormido de su guarda;

Tengo el alma, Señor! adolorida
Por unas penas que no tienen nombres,
Y no me culpes, nó, porque te pida
Otra patria, otro siglo y otros hombres;

Que aquella edad con que soñé no asoma,
Con mi país de promision no acierto,
Mis tiempos son los de la antigua Roma,
Y mis hermanos con la Grecia han muerto.

III

Oh! cuánto ansiaba de la mar profunda
Volverme á ver sobre el cerúleo seno
Volando á la region de nieblas frias,
Y en esta inmensidad que me circunda
Saludar el Atlántico sereno
Como el amigo de pasados dias!
Niño era yo, cuando el instinto ansioso
Que á la razon tardía se adelanta
Me lanzó á recorrer mundos extraños;
Y dejando á su impulso mi albedrío
Salí á buscarte al piélago espumoso,
Libertad sacrosanta,
Y te encontré por fin, ídolo mio,
Primer amor de mis primeros años!
Y nunca más desde tan gratas horas
Te pude ya olvidar. Tu voz solemne
Como la voz de una mujer querida
Con músicas sonoras
Llenó las soledades de mi vida;
Y como el himno de la fe perenne
En mis momentos de dolor ó calma,
Despertó mi esperanza adormecida
Y fué á vibrar en lo mejor del alma.
Cuando las albas de mi edad hermosa
Doraban ay! del porvenir el velo,
Y entre aromas y flores,
Abriendo el ala de jazmin y rosa,
La imágen de mis sueños seductores
Halló un albergue en el azul del cielo,

Entónces, dí, ¿te acuerdas, dulce amigo,
Cual iba yo con silencioso paso
A tus orillas á espaciarme á sólas
Y á errar meditabundo,
Y de mi afan y mi querer testigo,
Al eterno ondular de eternas olas,
El sol me vió cuando en su rojo ocaso
Cerró las puertas de la luz al mundo?
Y despues, y despues, cuando otro dia
El déspota iracundo
La móvil tienda replegar me hacia;
Y siempre, siempre, si entre duras penas
A mis oidos á gemir venia
El querellarse del cautivo hermano
Al són de sus cadenas,
¿Adónde fuí á llorar la patria mia
Sino en medio del mar?....
¡Salve Oceano!
¡Salve otra vez! fuente inagotable
De la vida y la muerte!
¡Salve, abismo insondable!
Por cuya tersa superficie anhela
Arrastrarnos la suerte!
Y tú, brisa de Cuba, con tu aliento
Veloz impulsa la turgente vela,
Y adios ¡oh patria! hasta volver á verte,
Adios! Adios! porque de tí me ausento!
Muda, impasible, sobre tí se alzaba
La bóveda del ancho firmamento,
Y semanas de siglos estuvistes
En el reposo sepulcral sumido;
Ninguna nave recorrer osaba
Tus regiones ignotas,
Y en aquel sin igual profundo olvido,
Sólo de vez en cuando resonaba
El canto dolorido
Con que se quejan los alciones tristes

O el grito aterrador de las gaviotas.
Pasaban sin cesar las estaciones
Trayendo en pós el luminar brillante,
O el fúnebre cortejo de las brumas;
Y al suspirar la ventolina errante,
O al fragor de terribles aquilones
Ya tus aguas tranquilas se adormian,
Ya sacudiendo y levantando espumas,
Hondos abismos en tu seno abrian!
Y tú, desconocido, abandonado
Por las costas risueñas
Del hemisferio occidental corriendo,
De las islas del trópico abrasado
Ibas á acariciar con ronco estruendo
Las duras rocas y las calvas peñas.
Y ¿cómo fué que presintiendo entónces
Los futuros destinos,
Al ver las carabelas españolas
No hiciste revolver tus torbellinos?
Y al proclamar con su estridor los bronces
La aparicion de la ignorada tierra,
Cuando tu imperio profanado viste
¿Porqué no dieron la señal de guerra
Los rudos vientos y las ráudas olas
Y hombres y barcos en la nada hundiste?
No el peso atroz del ominoso yugo
De infausta servidumbre
Sufrido hubiéran inocentes seres;
Y el indio humilde con su tez de cobre,
Y el blanco abyecto con su faz de rosa.
Y el hijo del dolor, el negro pobre,
Y mártires mujeres,
Y niños, ay! que asesinó el verdugo,
Ninguno entónces contemplado hubiera
La suerte ignominiosa,
De aquella desgraciada muchedumbre
Que pasto fué de la indomable fiera!
Las míseras pasiones que se anidan

En el pecho mortal, las amarguras
Que con las ansias y el tumulto acrecen,
Al blando arrullo de tus auras puras
Se ahuyentan y perecen,
Y pasan como sombras y se olvidan.
Allá en el polvo el infeliz postrado
Ni busca glorias, ni apetece un nombre,
Ni se duele de ajenas desventuras;
Mas aquí, sobre el piélago salado,
El hombre es dueño de su sér y es hombre.
Allá donde se elevan los altares
Y en lentos giros vacilando sube,
Al són de los salterios imponente,
Del incensario la azulosa nube;
¿Quién puede descubrir al prepotente
Señor de los señores,
Al que frena las aguas de los mares
Y aprisiona los vientos bramadores?
Aquel pequeño Dios que en sus palacios
El fanatismo abrumador encierra,
No es el Dios que se admira y que se adora
En esta inmensidad. Aquí en el seno
De la grandeza suma es dónde mora
El monarca del cielo y de la tierra,
Y aquí de gloria lleno
Se le siente cruzar por los espacios;
Y entónces yo, Señor! trémulo y mudo
Tus pasos oigo al retumbar el trueno
La frente humillo y tu poder saludo!

IV

Y qué! los gritos de la patria inerme
Resuenan sin cesar! y no hay oido
Para escuchar la voz acongojada
De su inmenso dolor! Y amortecido
Sin comenzar el pueblo su jornada

Se rinde y calla, y se prosterna y duerme!
"Habedme compasion! No al negro olvido
"Dejeis mis duras penas,
"Infelice de mí!"—Llorando á sólas
En la cruz enclavada
La patria herida en el tormento dice;
Y al romperse en las tórridas arenas,
"Infelice!" murmuran sordamente
Las plañideras olas,
Y en su clamor doliente
Los ecos les responden: ¡Infelice!
En vez de arder en pechos generosos
De sacro fuego inextinguible hoguera,
¿Qué es lo que ven mis ojos? oh! qué veo?
Al ocio vil se entregan perezosos
Aquellos ay! de quienes Cuba espera
Impulso noble y varonil deseo;
Y cual lebrel que amedrentado lame
La diestra que lo ultraja y le castiga,
Así la turba aduladora, infame,
Que al trono eleva suplicantes manos
Al pobre pueblo en su desgracia hostiga
Y lo arrastra á los piés de los tiranos
Y su derecho á mendigar le obliga.
¿Y adónde están los ínclitos varones
Que con serenas y elevadas frentes
Miraron sin temblar á su verdugo?
¿Adónde están los grandes corazones,
Albergue de una vida inmaculada
Que llenaba el honor? ¿Y los valientes
Que prefirieron en su fe sagrada
Mejor morir que soportar el yugo,
¿Adónde están?.... Silencio pavoroso
Perpétua sombra y sempiterno olvido
Los cubren en la noche del reposo;
Y sus débiles, flacos descendientes
En vez de conquistar su Eden perdido
Y el ejemplo seguir de aquellos bravos,

Porque mayores las desdichas sean
Las siervas maridando con esclavos
Siervos y esclavos nada más procrean!
Tínima undoso, sacrosanto rio,
Jordan en cuyas aguas deliciosas
Se bautizó la libertad cubana!
Y tú tambien ¡ oh dulce Cauto mio!
Cuya márgen lozana
Lirios adornan y embellecen rosas
En campos de verdores inmortales;
No más, no más por bosques y llanuras
Desatando los líquidos cristales
Lleveis la vida en vuestras ondas puras;
Sus diques salte la copiosa fuente,
Entúrbiense los ricos manantiales
Que en surtidores inexhaustos giran,
Y rómpase el espejo transparente
En que vienen á verse las hermosas,
Y los Narcisos sin pudor se miran!
Brame la tempestad, ceibos ancianos
Doblándose al rugir los aquilones
Volar sus ramas por los aires vean,
Y las que fueron plácidas mansiones
Del amor y el placer, campos eriales,
Oscuros antros y desiertos sean.
Mas ¿qué escucho? Parece que en los llanos
Su voz difunden bélicos clarines
Y redobla el tambor sobre los cerros;
Y al trotar los alíjeros bridones
Miro allá de la selva en los confines
A intervalos lucir brillantes hierros,
Y entre el humo correr los escuadrones.
Se estremece la tierra,
Nubes de polvo en la batalla ruda
Levanta en confusion hueste contraria;
Y en medio de los himnos de la guerra
Al fin el pueblo vencedor saluda
El pendon de la estrella solitaria!

DIARIO DE UN MÁRTIR

ÚLTIMAS POESÍAS
DE
JUAN CLEMENTE ZENEA

He aquí el diario de un mártir, el testamento de un poeta, los lamentos que el malogrado JUAN CLEMENTE ZENEA exhaló en su calabozo aguardando dia por dia, durante ocho meses, la hora de marchar al patíbulo.

Como documentos preciosos para su familia, para sus amigos y para la historia literaria, nos hemos apresurado á copiarlas de sus borradores, ántes de que el tiempo y las lágrimas de la viuda y de la hija las hagan desaparecer. Fueron trazadas con lápiz, porque el pobre reo de amor patrio no tenia pluma ni tinta con qué escribir. Cómo podria pretender tal superfluidad cuando sobre el duro banco que le servia de lecho no tenia con qué abrigarse para dormir!

La última vez que lo vimos en Nueva York no habia una cana en su cabeza. Al salir de su calabozo, ya no le quedaba un cabello de otro color. Las guedejas que envió á su hija, rotuladas con sangre,—única prenda que el desgraciado podia dejarle,—parecen cortadas de la cabeza de un octogenario.

Ocho meses de tortura! Debia creer muy grande á su víctima el Gobierno que así se cebó en ella; ó debió considerarse él mismo muy pequeño para darse con un solo hombre tan larga ocupacion de crueldad!

Estos versos no necesitan encomios ni análisis: son todos sangre y dolor. La realidad de donde brotaron excede probablemente á cuanto el lector puede imaginar y sentir, miéntras no se halle en una situacion semejante: encerrado en el mediodia